

COMO

8 de Mayo

Los lagos

Después de tres meses pasados entre cuadros y estatuas, estoy como el hombre que durante todo ese tiempo ha comido diariamente en la fonda. «Dadme pan en vez de ananas.»

El espíritu sube con ligereza por el camino de hierro sabiendo que á la llegada encontrará aguas, árboles, montañas verdaderas; que los paisajes no tendrán tres pies de largo y no estarán encerrados entre cuatro listones dorados. Contéplase con alivio el bello país fértil, ondulado, cuyos senderos blancos parecen cintas entre los verdes cultivos. Llego al fin á Monza, antigua y pequeña ciudad célebre en la Edad Media, y me guardo bien de ir á ver la corona de hierro y las joyas de la reina lombarda Teodolina. Dejo en su sitio esas venerables antigüedades y todo el trajín histórico; me agrada mucho más ir á pasar el rato recorriendo las bonitas calles de la población. Lo único que hago, al pasar, es mirar la fachada de la catedral, de un gótico atrevido, italiano, cuyo elegante coro, semiojival, semiclásico, ornado de

nichos en forma de concha y de columnitas retorcidas, encuadra entre sus trefles y sus ojivas figuras severas de apóstoles y santos. Estas formas graciosas ó bellas dejan en el espíritu una especie de melodía poética que se prolonga en la cabeza mientras las piernas vagan por las calles; la pequeña ciudad, agradable como las de nuestra Turena, no parece burguesa como ellas. Tomo un coche y dejo espaciarse los ojos en los ribazos llenos de árboles que se suceden para indicar el camino hasta las viejas puertas de Como. Los hoteles están á la entrada, y desde sus ventanas vese el gran espacio de agua azulada que se confunde en el oro de la caída de la tarde. Una estacada protege á las barcas, y la bruma que cae envuelve con su humedad las lucientes ondulaciones de las aguas. Ha llegado la noche; en medio de la universal negrura, las montañas forman un círculo aun más negro en torno del lago; una linterna, algunas lejanas luces vacilan acá y allá como estrellas supervivientes; la frescura del agua viene traída por una ligera brisa. El puerto y la plaza están desiertos y el espíritu siéntese como abrigado y tranquilo en el gran silencio de la noche.

A la siguiente mañana se toma la lancha de vapor que da la vuelta al lago, y todo el día sin fatiga, sin pensar en cosa alguna, nádase en una taza de luz. Las orillas están salpicadas de casitas blancas que mojan sus pies en el agua; las montañas descienden dulcemente, y su pirámide graciosa está poblada casi hasta la mitad; pálidos olivos y moreras de redonda copa se escalonan en los senderos; casas de recreo se ocultan entre bosquecillos y bajan sus terrazas, que forman grandes escalones, hasta la playa. Hacia Bellagio,

mirtos, limoneros, parterres de flores, aparecen como ramilletes blancos ó rojos entre los dos brazos azulados del lago.

Avanzando hacia el Norte tórnase el país grande y severo; los montes son rectos casi y bastante áridos; los rígidos picos de la roca primitiva, las crestas dentelladas cubiertas de nieve, los largos barrancos donde duermen viejos lechos de escarcha, destacan ó hunden sus ásperas siluetas bajo la cúpula uniforme del cielo. Algunas altísimas montañas parecen bastiones colocados en círculo; el lago era antes una nevera, y el continuo frotamiento de sus paredes ha roído y redondeado las pendientes. En esas gargantas inhospitalarias ningún verdor da señales de vida; deja uno de sentirse en tierra habitada para encontrarse en el mundo mineral, anterior al hombre, sobre un planeta desnudo cuyos solos huéspedes son el aire, la piedra y el agua, un agua hermosísima, hija de las eternas nieves; en torno de ella, una asamblea de montañas graves que elevan sobre un fondo azul sus orgullosas crestas; detrás una segunda hilera de blancos picachos, aun más salvajes y primitivos, como un círculo superior de dioses gigantes, siempre inmóviles y diferentes unos de otros, tan variados y expresivos como las fisonomías humanas, pero revestidos de un tinte más cálido velado por la distancia y por el aire vaporoso, gozando pacíficamente de su eterna magnificencia.

Cesó el viento que hasta entonces me acompañara, y la gran luminaria del cielo, sobre el cerrado horizonte, brillaba en todo su esplendor. Hacíase más intenso el azul del lago; alrededor del barco, suaves ondas de terciopelo se alzaban y se bajaban sin cesar, y en las cimas, entre ban-

das azuladas, alargaba el sol otras movibles como de seda pajiza salpicada de chispas de oro.

La Cúpula

Me había prometido no ver más obras de arte; bien me acuerdo, pero ¡si las hay en toda Italia y esta pequeña población tiene una tan hermosa catedral!

No se ha visto jamás una mezcla más bella del estilo italiano y del gótico, una más dichosa sencillez libre de fantasía y de gracia. La fachada es el piñón ordinario, compuesto de dos casas encajadas, superior la una é inferior la otra, limpiamente marcadas por cuatro cordones perpendiculares de estatuas. Reconócese el tipo y la armazón de la arquitectura nacional, la misma que en Pisa, Sienna y Verona ha dado forma á sus basílicas. Es cristiana, pero alegre. Aunque los planos dominan, la variedad y la finura no faltan. Siéntese la gravedad del muro, pero está materialmente bordado de esculturas y resulta la suya una graciosa gravedad. Los nichos de las estatuas son de forma de concha, pero cada fila de nichos está rematada por el más elegante y florido campanario, de poca altura, que pueda imaginarse. La desnudez de la fachada está disimulada por un gran rosetón, por cuatro altas ventana y por las cuatro hileras de nichos que sobresalen con sus estatuas. Para acabar de romper la monotonía, el artista ha colocado sobre los flancos dos grandes nichos más, en los cuales, la Virgen en uno y un ángel en otro hállanse de pie entre lindas columnitas retorcidas bajo agudos

pináculos. Encima del rosetón destácanse otros dos nichos, estrecho y gótico uno, el que contiene un Cristo; ancho y de forma ojival mezclada con algo de Renacimiento el otro, en el que un segundo Cristo, entre el ángel y su Madre, parece extender su bendición sobre todo el edificio. Más alto aún, en la cima extrema y central, sobre esta pirámide esbelta y elevada, álzase, como el remate de un gran candelabro, la más preciosa y encantadora torrecilla artísticamente recortada, formada por cuatro pisos de delicadas pilastras esculpidas y columnitas griegas coronadas por una guirnalda de florones y góticos calados.

En ninguna parte se ha visto una fachada latina en donde la rica creación del Renacimiento y la pesada finura del arte ojival se concierten con una sobriedad más exquisita y un arrojo más vivo.

Pero el espíritu del Renacimiento domina. Se nota en la abundancia y belleza de las estatuas. El placer de ennoblecer y contemplar la forma humana es el signo distintivo de esta edad en que el hombre, libre de la miseria y superstición antiguas, comienza á sentir su fuerza, admirar su genio, á tomar para él mismo el sitio de los dioses ante los cuales se humillaba.

No encierran solamente cordones de estatuas las cuatro líneas del edificio, instalándose hasta encima del rosetón central; las ventanas están caladas, la puerta del centro está flanqueada de figuras y coronada por ellas y la curva de las tres arcadas está poblada asimismo de pequeñas estatuas. Son éstas de la mejor época y pertenecen á la aurora del Renacimiento (1). Algunas figuras

(1) Dos estatuas á ambos lados de la puerta principal, datan de 1498.

de jóvenes con jubón y calzón *colant* son pajes caballerescos, de piernas un poco torcidas, como las pintaba Perugino. Sin duda que esas ingenuidades, esas semichocarrerías y esa imitación demasiado literal de las formas reales, indican que el espíritu no ha alcanzado del todo su elevación. Sin duda también, exageradas curvas, cabelleras superabundantes, como las de Leonardo de Vinci, anuncian el primer exceso y la fuerza irregular de la creación. ¡Pero sentía tan bien la vida el escultor! Se ve que la descubre, que se apasiona por ella, que está llena su alma, que un joven altanero ó una Madona virginal é inmóvil bastan para ocuparla toda entera; que las diversidades de la cabeza y de la actitud humanas, el movimiento de los músculos y de las telas, toda la grandeza y toda la acción del cuerpo se han grabado en su pensamiento por un contacto directo, con una comprensión espontánea, sin tradición académica. De Ghiberti á Miguel Angel, la escultura italiana ha multiplicado las obras de arte; sus estatuillas, sus bajorrelieves, su orfebrería, son todo un mundo; si en la gran estatua aislada es inferior á la estatuaria griega, la iguala en las figuras secundarias y en la ornamentación general. La estatua, así comprendida, entra como una parte en el gran todo. Las partes superiores de tres puertas de la fachada, son cuadros como los bajorrelieves de Ghiberti. *La Natividad, La Circuncisión, La adoración de los Magos*, y sobre la fachada del Norte, *La Visitación*, ofrecen escenas completas, por medio de una multitud de figuras agrupadas, y algunas veces con una profusión riente de arabescos, entre los cuales los personajes mismos no son más que un fragmento. La puerta septentrional es un arco sostenido por dos

columnas y dos pilastras, poblado y florido todo como las tapas superiores de los libros de la misma época. Niños desnudos se cuelgan de los rebordes, juegan con delfines y cabalgan sobre cabras; otros soplan en una zampoña.

Amorcillos marinos hacen saltar á las ranas, golpeándolas con sus arcos. Pájaros con las alas desplegadas, picotean en cuernos de abundancia.

Sobre las ventanas vecinas corre un friso de anchas flores extendidas, de cuerpos infantiles, de severos medallones. Todos los reinos de la Naturaleza, todo el lujoso y grandioso conjunto del mundo fantástico y real, se ordena y se agita en la piedra como un carnaval pagano en los jardines de Alcina, según la fácil y caprichosa inventiva de Ariosto. La misma arquitectura se acomoda á esta fiesta elegante; construye joyas para encuadrarla. El baptisterio es un encantador pabelloncito de mármol, cuyas pequeñas columnas forman círculo y sostienen un techo redondo que cobija la taza esculpida que contiene el agua bautismal. Los nichos que flanquean la entrada principal son esbeltos y pequeños pórticos, cubiertos de serpenteados y ligeros arabescos. Acaso sea preciso decir que el centro del arte, en la época del Renacimiento, es el arte decorativo. En Grecia implantaron esa moda los pueblos que deseaban tener monumentos que les recordasen sus dioses y sus héroes. En Florencia la implantaron las riquezas de los particulares, que querían tener gabinetes de ébano ó de marfil, orfebrerías, paredes y techos pintados y estucos esculpidos para adornar sus palacios y casas fuertes (1). Allá

(1) Léanse las vidas de Pablo Uccello, Dello, Verocchio, Pollaiuolo y Donatello, en el historiador Vasori. La pintura y la escultura del siglo XV se apartan de la orfebrería.

abajo era, ante todo, el arte una cosa pública, y por esa razón era más grave, más sencillo, mejor dispuesto para expresar la serena grandeza de un pueblo artista. Aquí el arte es, ante todo, una cosa privada, y por consiguiente menos solemne, más inclinado á agradar, á producir placenteras impresiones, á acomodar sus dimensiones y su inventiva al lujo, que le da fuerzas y protección.

De Como al lago Mayor

Hermoso país, bello y fértil, sembrado de aldeas y casas de campo; sus alamedas de álamos se prolongan hasta la carretera y terminan en un círculo de bancos de piedra cómodamente sombreados. Las mieses se siguen unas á otras, separados los distintos campos por líneas de moreras; de una á otra de éstas, un fino sarmiento de viña corre enlazándolas y abre sus pequeñas hojas atravesadas por la luz. El trigo, el vino y la seda ofrecen en toda la comarca una triple cosecha.

Es día festivo; las gentes se han ido vestidas con sus galas domingueras; no ofrecen aspecto indigente; sus casas se hallan en buen estado; las mujeres tienen chales rayados de rojo y violeta, vestidos negros que caen en pliegues, pendientes y una corona de alfileres de plata que sujeta el gracioso velo sobre los cabellos. Mirando las cosas por encima, este bienestar es muy parecido al de la Turena, solamente que la mayor parte de los niños van desnudos de pie y pierna; los caballos de las diligencias son flacos y rojizos como en Provenza, y multitud de detalles indican la negli-

gencia, la ignorancia, la afición al placer y la superstición de nuestras provincias del Mediodía. Vense numerosas Madonas y al lado un aviso para que el pasajero réce un *ave*. Otras veces, las pinturas de las tapias representan á los condenados en el infierno, y otra inscripción aconseja á los vivos que se guarden de aquéllos. En la catedral de Milán, Jesús crucificado está guarnecido de dos ó trescientos corazones de plata, de pequeño tamaño. Los fieles confesados y arrepentidos que digan ante el coro un *pater* ó un *ave*, obtendrán cien años de indulgencia, y si son ancianos ó están impedidos, no tienen que hacer más que enviar uno en su lugar y sacarán el mismo beneficio. Uno de mis amigos venecianos cree que en su provincia impera un espíritu idéntico; los aldeanos son devotos del Santo Padre; por pobres que sean, dan su dinero para hacer decir misas; su viva imaginación ofrece sólida base á la religión de los ritos.

Por eso es por lo que no son más que medianamente patriotas. En la última campaña, nuestros oficiales los encontraban mejor dispuestos hacia los austriacos que hacia los piemonteses. La administración alemana había sido regular, bastante paternal y dulce para los aldeanos, y éstos, que ni leían ni se ocupaban de política, no guardaban para con Austria el menor resentimiento. Cuando el orgullo y el amor á la nación faltan, poco importa que el amo sea extranjero; basta que permita bailar, beber, hacer el amor, y que pague bien los servicios. Un batelero, hombre avisado como lo son casi todos, me decía: «Los austriacos eran buenas gentes; hacían trabajar mucho, el comercio iba mejor en aquel tiempo. No eran malos más que para los señores,

porque éstos estaban siempre en contra suya. Hoy los señores están contentos; lo tienen todo; sus hijos son los oficiales. Los pobres son los que están descontentos; ningún campesino tiene bienes; todas las tierras son de los ricos. Un jornalero gana treinta sous por día; el kilo de carne cuesta ochenta y cinco céntimos; el kilo de pan cuarenta céntimos, y se paga otro tanto de impuestos más de los que antes se pagaban.» Esta raza sensual é inteligente no persigue más que una cosa en la vida: el placer y la ociosidad. Un burgués del país me decía. «Querrían gozar y no hacer nada.» Y estiman tanto más á un gobierno cuanto sus diversiones y su tolerancia sean más grandes.

En cambio, los nobles y los burgueses, todos aquellos que van vestidos de paño y leen los periódicos, están apasionados por Italia. En 1848, Milán ha combatido tres días y arrojado á los austriacos con sus solas fuerzas. Cuando los franceses, después de la batalla de Magenta, entraron en la ciudad, la alegría, el reconocimiento, el entusiasmo llegaron hasta el delirio. Un soldado aparecía solo en una plaza: la concurrencia de gentes que le festejaban y le abrazaban fué tal, que el pobre no podía tenerse en pie; su cabeza iba de acá para allá, empujado por la gente, que se estrujaba para acercarse á él. Poco después llegaron los primeros batallones. Las jóvenes, con sus madres, iban abrazando á los soldados y á los árabes que iban con éstos. Los batallones permanecieron allí quince días; cafés, *restaurants*, todo estaba á su disposición; no se les permitía pagar nada. Imposible le era á un milanés hacer llevar un helado á su casa; todo era para los franceses; imposible traer un médico para un milanés enfermo; los médicos no curaban más que á los he-

ridos franceses. Después de la batalla de Solferino, las damas iban á visitarles á los hospitales; todas las casas particulares estaban repletas de ellos, disputándose á los capitanes ya restablecidos para desposarles con ricas herederas. No es que los austriacos fueran groseros ó insolentes; por el contrario, eran afables, bien educados, distinguidos, pacientes hasta el extremo. Por orden expresa de sus oficiales, evitaban los duelos; se les llevaba al teatro, se marchaba tras de sus pasos; tenían que callarse; sin eso serian combatidos á diario. El sentimiento nacional era insociable en torno de ellos y lo es todavía. Ultimamente, una dama milanese que había llevado dinero al Papa, fué reconocida en su palco del teatro, silbada, apostrofada y obligada á salir por una puerta trasera.

Todos los días leo varios periódicos; excepto *La Unidad*, los demás son patriotas. Las caricaturas contra el Papa son brutales: vese en una á la Muerte con una bola en la mano para arrojarla por entre las piernas del emperador Napoleón; la Muerte es un jugador que da un golpe inesperado y libra á Italia. Garibaldi es admirado, exaltado, adorado hasta en las casas más humildes; el conductor de la diligencia me señala en Varese la casa donde aquél se casó con su segunda esposa, «la Perversa», y el muro donde él construyó su barricada. No puede formarse idea de hasta qué punto es popular en toda Italia. Juana de Arco lo había sido menos en Francia. En Levano, veo en la pared del café una inscripción, diciendo que el hijo de la casa ha sido muerto por la patria combatiendo en Sicilia al lado del héroe nacional. Por tarde y noche, en los cafés, en las plazas, todos los semiburgueses, co-

merciantes, comisionistas, leen su periódico y discuten los planes de los ministros. También, á decir verdad, háblase demasiado y se divierten haciendo juegos de palabras.

Esas razas latinas y meridionales parecen compuestas de *amateurs* que, gozando de una pronta concepción y de una lengua expedita, exponen y dan vueltas á las ideas sin persuadirse mutuamente. El rozamiento les place por sí mismo; el discurso les sirve para dar salida á su humor oratorio; la conversación política forma una especie de *ópera seria*. Ellos no profundizan; sus periódicos políticos son tan inferiores á los nuestros, como los nuestros son inferiores á los ingleses. En ellos se encuentra la ebullición superficial de las facultades primo-salutarias, pero no la verdadera reflexión y la sólida ciencia. Distraen el espíritu sin ponerle en tensión, y en estos instantes Italia necesita más de obras que de palabras; los hacendistas son su plaga. Para convertirse en pueblo independiente y en Estado con su ejército correspondiente, es preciso que pague, desde luego, y por lo tanto, que trabaje y produzca desde luego también. Un burgués que funda una manufactura, un propietario que cultiva sus tierras, un artesano que prolonga una hora más su jornada, son en este momento los mejores ciudadanos. No se trata de leer los periódicos y exclamarse, sino de arar, fabricar, calcular, aprender, inventar, ocupaciones todas estas enojosas, positivas, abrumadoras, que se dejarían con mucho gusto á los pesados hombres del Norte. Es un duro paso de avance el que media de la vida epicúrea y especulativa á la industrial y militante; les parece que de diletantes ó patricios se convierten en siervos ó máquinas, pero es preciso optar.

Cuando se aspira á formar una gran nación, es necesario para subsistir frente á las otras aceptar las necesidades que las otras se imponen; esto es, el trabajo asiduo y regular, el dominio ejercido sobre sí mismo, la disciplina de las inteligencias encaminada metódicamente hacia un punto fijo, la regimentación de las personas contenidas en un plan y aguijoneadas por la concurrencia, la pérdida de la apatía, la disminución de la alegría, la mutilación y la concentración de las facultades, la perpetuidad y la tirantez del esfuerzo. Para terminar: todo lo que separa á un italiano de los tres últimos siglos, de un inglés ó de un americano moderno.

10 de Mayo

El Lago Mayor, los Alpes

Si tuviera que escoger una casa de campo, la escogeria aquí. Desde lo alto de Varesa, y al empezar á descender, distingo á mis pies una espaciosa llanura en la cual se alinean multitud de bajas colinas. Todo está cubierto de verdor y poblado de hermosos árboles; las mieses destacan entre sus ondulaciones lindas flores amarillas y blancas como el terciopelo de una túnica veneciana; moreras y viñas, y un poco más lejos ramilletes de encinas; álamos, olmos y acá y allá, entre coli-

nas de forma graciosa, bellos lagos tranquilos, unidos, espaciosamente ensanchados, que brillan como espejos de acero. Esta es la frescura de un paisaje inglés entre las nobles líneas de un lienzo de Claudio Lorrain. El cielo y las montañas dan la majestad; el agua, que se prodiga por todas partes, da la humedad y la gracia. Las dos naturalezas, la del Mediodía y la del Norte, se unen aquí en un dichoso y amigable abrazo para reunir las suavidades de un parque herboso y las grandezas de un anfiteatro de altas rocas. El lago mismo es mucho más variado que el de Como; no está encerrado por sus dos extremos entre colinas escarpadas y abruptas; éste tiene montañas rígidas, pero posee también ribazos suaves, cortinajes de arboledas y perspectivas de agradables planicies. Desde Laveno se distingue su ancha sábana inmóvil, rayada y damasquinada acá y allá como una coraza por innumerables escamas plateadas bajo las llamaradas del sol que rompen el grán toldo de nubes oscuras; apenas si un imperceptible soplo de la brisa inicia una lánguida ondulación que va á morir contra las rocosas piedras de la orilla. Hacia el Este hay un sendero que da vuelta casi hasta la mitad del contorno del lago, entre verdes hayas, higueras llenas del sabroso fruto, flores primaverales y todo género de buenos aromas. La gran mancha de agua se descubre impasible y desnuda toda ella; una pequeña barca que infla su vela, dos aldeas blancas y diminutas que parecen, desde esta distancia, obra de castores, dan una nota poética á este bucólico paisaje. De trecho en trecho montañas cubiertas de árboles descienden hasta el agua con suave declive, en tanto que su iluminada cima desaparece á medias entre nubes grisáceas.

Al salir el sol tomo una barca y atravieso el lago en medio del vapor transparente de la aurora. Es ancho como un brazo de mar, y sus pequeñas ondas de un azul plomizo lucen débilmente. Una vaga neblina envuelve cielo y agua en su manto de gasa cenicienta. Vase desgarrando poco á poco y por entre sus mallas cada vez más claras siéntese filtrar la luz y el calor. Así camino durante dos horas en la suave y blanda monotonía del aire semiiluminado, agitado por la brisa como por los pequeños movimientos de un abanico de plumas; al fin se hace la luz y no veo en torno mío más que azul y dorados resplandores; á mi lado, y todo alrededor, el agua parece una pieza inmensa de terciopelo plegada en toda su extensión, y sobre mi cabeza, el cielo puro y tranquilo es una cuenca de zafiro ardiente. Sin embargo, un punto blanco surge, aumenta, se destaca; es la Isla Madre, encerrada entre sus terrazas; las olas golpean sus grandes dalas azuladas y hace sudar humedad á sus lucientes follajes. Desembarco; sobre las paredes del reborde, áloes con hojas espesas, higueras de la India con anchas palas calientan al sol su vegetación tropical; alamedas de limoneros dan vuelta en torno de la muralla, y sus frutos, verdes ó amarillos, se apoyan contra los enormes pedazos de roca que defienden el recinto contra los débiles embates del agua. Cuatro pisos ó gradas se superponen para encerrar protectoramente su enjambre de plantas preciosas. En suma, la isla es una estufa de verdor que forma bóvedas de follaje sobre el lago que la rodea, con sus laureles y verdes encinas, sus plátanos, sus granados, sus árboles exóticos, sus glicinas en flor y sus grupos de extendidas azaleas. Camino saturado de frescura y de perfumes, no hay nadie

más que un guarda. La isla está desierta y parece esperar á un joven príncipe y á una joven hada para ocultar sus desposorios; tapizada toda de fino césped y de árboles floridos, no es más que un bello ramillete matinal en el que predominan los colores rosa, blanco y violeta, y en torno del cual revolotean las abejas; sus praderas vírgenes están consteladas de anémonas y primaveras; los pavos reales y los faisanes pasean pacíficamente sus vestiduras de oro estrelladas de ojos ó barnizadas de púrpura, como legítimos soberanos que son de un pueblo de pájaros que cantan, pían y se responden unos á otros.

No me era ya posible soportar las obras calculadas de la arquitectura, y sobre todo las contorneadas formas y la decoración artificial de los últimos siglos. Las diez terrazas abovedadas de Isla Bella, sus grutas rocosas de mosaico, sus departamentos llenos de arabescos, de cuadros y de preciosidades, sus estanques, sus saltos de agua, me han parecido medidos con un compás y no me han inspirado el menor entusiasmo. Miraba la costa occidental, que está enfrente, verde y escarpada toda ella y que parece verdaderamente hecha para recreo de la vista. Las altas y pacíficas montañas se enderezan en toda su altura, y me apresuro á ir á descansar sobre su blando césped. Praderas inclinadas, de una incomparable frescura, tapizan las primeras pendientes. Los narcisos, los euforbes, las purpurinas florecillas, festonean todas las alturas; las miosotis forman extensas manchas y abren sus azulados ojitos, mientras que sus pequeñas cabezas se mecen al borde de cristalinos manantiales. Vense afluir desde arriba millares de hilitos de agua que saltan y se cruzan; cascadas diminutas y encantadoras hacen caer

sobre la pradera su perlada lluvia, y arroyuelos de diamantes recogen todas esas aguas fugitivas para acudir á depositarlas en el lago. Por todas partes, sobre todas esas frescuras y todos esos pequeños resplandores, las encinas destacan su lustroso verdor nuevo y suben de rellano en rellano hasta que la altura desaparece bajo sus filas y en la cima el cielo queda limitado por la indeterminada columnata de una selva. Abajo, el lago extiende su azul uniforme entre las orillas de blanca piedra que limitan su dominio.

A las dos de la mañana subo en el coche que pasa. Es el último día de viaje. En ninguna parte es Italia tan bella. Hacia las cuatro, una divina aurora indistinta florece en la noche con la palidez de una púdica estatua; un lejano reflejo nacarino se cierne en las alturas, y semiclaridades nacientes arrojan un tinte gris perla sobre el azul nocturno. Las estrellas centellean, pero todo el aire es oscuro y por el suelo se arrastran sombras que parecen nubarrones. Detiéndose el carruaje y atraveso un río sobre una barca chata. En el silencio y la anulación total de los seres, esta agua es la sola cosa que vive; agítase imperceptiblemente: su sábana movable luce rayada por pequeños remolinos que se entrelazan entre las negras riberas. Sin embargo, los árboles velan envueltos en la bruma crepuscular; vense en sus copas los nuevos retoños cubiertos de rocío, y que parecen esperar la terminación de la noche. El cielo blanquea y la aurora apaga las estrellas. Por todas partes las plantas y las verduras empiezan á dibujar sus contornos; su velo de gasa se hace más sutil y acaba por evaporarse; adquieren su natural color; renacen á la luz y siéntese el dulce asombro de los seres sorprendi-

dos de volver á encontrarse en el mismo sitio que la vispera para recomenzar su existencia paralizada durante algunas horas. Todo el desfiladero está poblado, y en los dos flancos de ese encantador pueblecillo dispersa las monstruosas montañas; como gigantes protectores, elévanse sombrías, destacando sus cabezas sobre el fondo luminoso del cielo. Al fin, tras de una cresta blanquecina, asciende una súbita llamarada; el rayo de luz sube, deslumbrante, rasgando el vapor; los macizos de verdura se iluminan; los arroyuelos brillan; los viejos y grandes viñedos, las redondas copas de los árboles, los delicados arabescos de las plantas trepadoras, todo el lujo de una vegetación alimentada por la frescura de las aguas perpetuas y por la tibieza de las rocas recalentadas por el sol, extiende, como el manto de un hada, su gasa de oro.

No; no es de un hada de quien se debe hablar aquí, sino de una diosa. La fantasía no es más que un capricho y una enfermedad del cerebro humano; la Naturaleza es sana y eterna y nuestros discordantes delirios no tienen derecho á compararse con su belleza. Se sostiene y se desarrolla por sí misma, es independiente y perfecta, trabajadora é inalterable; he ahí todo lo que de ella podemos decir. Si osamos compararla á alguna obra humana, sea á los dioses griegos, á la gran Pallas, al sobrehumano Júpiter de Atenas. Ella se basta á sí misma como aquéllos se bastaban á sí mismos. No podemos amarla, nuestras palabras no llegan á ella; está *más allá* de nosotros, indiferente é incomprensible; no podemos contemplarla más que como á las efigies de los templos, mudos y con la cabeza descubierta para grabar en nuestro espíritu su forma divina y for-

talecer nuestro frágil espíritu al contacto de su inmortalidad. Pero esta contemplación, por sí sola, es una redención; por ella salimos á respirar fuera de nuestras ideas agitadas y tumultuosas, de nuestros pensamientos tristes y efímeros. ¿Qué es la historia sino un conjunto de esfuerzos inacabados y de obras abortadas? ¿Qué es lo que he visto en esta Italia sino un tanteo, una indecisión secular de genios que se contradicen, de creencias que se defienden, de empresas que jamás se terminan? ¿Qué es un museo sino un cementerio, y qué son la pintura, la estatuaria, la arquitectura, sino el panteón que una generación mortal se construye ansiosamente á sí misma para prolongar su caduco pensamiento por medio de un sepulcro tan caduco como aquél? Por el contrario, ante el agua, las montañas y el cielo, créese uno ante la presencia de seres acabados y siempre jóvenes. Los accidentes humanos no ejercen poder sobre ellos, y son los mismos que el primer día; la misma primavera derramará á manos llenas sobre ellos todos los años la misma savia; nuestros desfallecimientos cesan al contacto de su fuerza y nuestras inquietudes se aminoran ante su paz majestuosa. A través de ellos aparece el poder uniforme que se despliega por la variedad y las transformaciones de las cosas, la gran madre fecunda y serena á quien nada conmueve porque fuera de ella no hay nada. Entonces siéntese en el alma una sensación profunda y desconocida; los proyectos de que hemos incrustado la vida, sus restos de pasiones y esperanzas, todo el barro humano que se ha detenido en su superficie, se deshace y desaparece; quédase entonces sola y sencilla la Naturaleza y vuelve al instinto de los pasados días, de las vagas palabras monó-

tonas que la ponían en comunicación con los dioses, con esos dioses naturales que viven en las cosas; ella siente que todas las palabras que ha pronunciado ó escuchado no son más que un confuso murmullo, una agitación del espíritu, un rumor callejero, y que si hay un instante sano y deseable en la vida, es aquel en que, dejando los enredos de su hormiguero, percibe, como dicen los antiguos sabios, *la armonía de las esferas*, es decir, la palpitación del universo eternal.

Tórnase escarpado el camino, y hacia Issella las montañas son peladas y abruptas. Murallas de roca de mil quinientos pies de elevación convierten el camino en un desfiladero. Sus bases amarillentas, ennegrecidas por las filtraciones de los manantiales, sus torres, su caos de ruinas horribles y deformes, parecen los hundidos escombros de un millar de catedrales. Búscanse vanamente en la memoria ó en los ensueños formas de esta especie; piénsase en algún enorme tronco cortado á hachazos por un coloso ciego, cuyos hijos, más débiles, acuden en seguida con sierras de cien pies de largas y poseídos de una rabia cruel, para partir más menudamente los enormes bloques cortados por su padre. Sería menester un encarnizamiento y una locura semejantes para explicar esas grandes brechas á pico, esas súbitas cortaduras, esas crestas y esas agujas medio inclinadas, ese monstruoso y salvaje desorden. Regueros de escarcha bordan las cimas, y cada uno de ellos, después de derretido, se escurre por las ásperas pendientes; así, de todas partes afluyen las aguas y se acrecientan, en tanto sinuosas y goteando por las oscuras piedras, ya en brillantes cascadas que muestran al aire libre su penacho de espumas. En las lejanías el vapor

se eleva y el torrente se debate murmurando iracundo entre los pedazos inmensos de las rocas verdosas.

Asciéndese más todavía y la nieve resplandece al sol en lo alto de los picachos; á veces blanquea toda una vertiente, y cuando el sol cae de plano sobre ella es tal su esplendor, que los ojos, deslumbrados y heridos, se cierran. El desfiladero se prolonga y los campos, en declive, se muestran medio ocultos por su sudario de nieve. Sin embargo, todo esto no está desnudo; ejércitos de malezas trepan con aspecto resignado hasta lo alto de las pendientes; sus nuevos retoños les prestan una original vestimenta amarilla; algunos abetos melancólicos mezclan entre ellas sus copas casi negras; élévanse en hileras, mezclados con los troncos moribundos, los cadáveres de árboles mutilados y toda la devastación que traen consigo las avalanchas; como los supervivientes en un campo de batalla, tienen el aire de saber que han de combatir todavía y de adivinar todo lo que habrán de sufrir. En la cima, junto al Hospicio y pueblo del Simplon, extiéndese una melancólica é inmensa planicie agujereada por barrancos blanqueados por las nieves derretidas, semejante á un cementerio devastado y abandonado.

Aquí está el límite de las dos regiones, y parece que es el límite de dos mundos; las cimas deslumbrantes se confunden con la blancura de las nubes, de suerte que no se sabe dónde acaba la tierra ni dónde comienza el cielo.